

CAPÍTULO 1.

EL GRAN BURUNDÚN- BURUNDÁ HA MUERTO¹

Jorge Zalamea G.

Ninguna crónica de la gloria de sus actos, sería tan conveniente ante las generaciones como la minuciosa y verídica descripción del cortejo que ponderó su poder a la hora de su muerte. Pues cada uno de los pasos de aquella lujosa y luctuosa procesión, fue obra de su ingenio, símbolo de sus designios, eco de su insigne borborigmo.

A las dos de la tarde, las Iglesias Unidas dieron fin a su muda disputa, consejeros de símbolos y ritos con una bendición unánime sobre su ataúd de plomo, que bajó entonces las escalinatas de la Basílica Unionista sobre los enlutados hombros de la Administración.

Lo colocaron en el carruaje, pesado por alegorías pero aligerado por cabeceantes penachos.

Los Consejeros Supremos cerraron la puerta de biselados cristales.

El Canciller, embarazado de su rígida dalmática de vitela, dio la orden de marcha con el “toc” de su bastonzuelo de plata.

Se inició el desfile varios kilómetros más allá de la Basílica. ¡Tan extenso era el poder de difunto! ¡Y tan diversos los signos de su mando!

1 Fragmento sacado de: Zalamea, Jorge. (1979 / 1º edición de 1952). El gran Burundún Burundá ha muerto. Colombia, Bogotá: Carlos Valencia Editores. pp. 92.

Agradecimiento especial a Cristian Camilo Rebellón Rendón por la preparación de este material.

Pero antes de escribir esta marcha, esta marcha triunfal y fúnebre, hay que decir –para que toda la verdad resplandezca– que también la naturaleza se hallaba de luto. Sobre la avenida más ancha y más larga del mundo –trescientos ochenta metros de lo primero, ciento dieciséis kilómetros de lo segundo, para ser exactos–, cernióse todo aquel día una incontinente llovizna. Y se humilló el cielo en sus nubes hasta confundir las fuentes del agua pura con el hollín de las chimeneas y el grasoso mador que exhala el cubil de los hombres.

La altanería del hedor urbano y el vejamen del cielo, se confabularon, pues, para fraguar una especie de blando y hediondo túnel sobre la avenida más ancha y más larga del mundo.

A lo largo de la cual, a las dos de la tarde, comenzó a abrirse lento y mudo paso el luctuoso, el lujoso cortejo fúnebre.

A cuya cabeza andaba el Cuerpo de Zapadores.

(Comienza aquí a revelarse el genio Extinto: sublime modisto, pasmo del buen sentido, padre de la concordancia).

Sus Zapadores tenían por rostro una atrufada jeta de cerdo, sin otros ojos que la ciclópea pupila de neón que iluminaba, sórdida, la visera del casco. Casco a prueba de derrumbamientos y tan sólido que bastaba en testarazo para hendir las más duras rocas subterráneas. Cubríanse los Zapadores con holgados uniformes del triste color del polvo. Podían henchirse a voluntad y ofrecer entonces una elástica, elusiva e irreductible resistencia a las imprevistas contracciones del subsuelo. Los bombachos pantalones se ajustaban en los tobillos bajo la caña de una especie de escarpines de acero que permitían a los Zapadores el lujo de convertir sus coces en un trabajo rápido y eficaz de horadación.

A los hombres que trabajan bajo la tierra, les amenazan muchos peligros: el más grave, entre ellos, la exudación de gases mefíticos que corroen los pulmones, hinchen los vientres, hacen saltar de los ojos lágrimas de icor amarillo u oxidan la sangre.

Pero el Difunto fue más cauto que el minero más viejo. Sabía las vías del gas; conocía los lagrimales del agua; presumía de petrógrafo, pero no creía en la belleza de las estalactitas y opinaba que nada tan peligroso para un hombre bajo la tierra como el enternecerse mirando, en la oscuridad, los ojos de car-

buncho de una rata que hacen pensar inesperadamente en la alegría de una ventana contra cuyos cristales golpea el sol en su poniente.

Para contrarrestar aquellos riesgos, para inmunizar a sus Zapadores, el Gran Brujo recurrió a la contramagia, dotando a sus criaturas del propio poder que las amenazaba. En las entrañas de la tierra, en el laberinto oscuro de sal, hierro y marmaja, los hombres de cuerpo elástico y de pupila de neón emanaban su propio grisú, aterrorizando a la misma roca. E iban quedando inertes, yertos, a su moroso paso los dulces tropos de azulada pelambre, las gordas o escuálidas ratas que también son duces en su mirada pesquisidora, los acorazados armadillos que son tímidos y de entraña tan blanda como áspera su apariencia; los hurones de aguzado hocico y rosados deditos de niño; las golosas mangostas cubiertas de ceniza. Y todas las bestias que son blandas, babosas y asustadizas.

De manera que cuando los Zapadores del gran destructor abrían, bajo la tierra, la mina que los condujera por sorpresa hasta los campamentos enemigos a los centros vitales de las ciudades asediadas, –su furor bélico se veía permanentemente estimulado por la taciturna hecatombe de las furtivas bestezuelas miopes.

Ahora, los Zapadores avanzaban sorda, pesada y lentamente por la avenida, abriendo un túnel en la niebla y la lluvia para que desfilasen, tras ellos, los Territoriales.

Los cascos de estos eran también de acero. Pero estaban barnizados de verde, y de noche se encendían con breves chispas que imitaban ingeniosamente el luminoso parpadeo de las luciérnagas.

Por obra de minuciosa selección, los rostros de los Territoriales eran idénticos entre sí, como cabezas intercambiables: grandes peras sin gracia, lívidas y pecosas; como dos leves magulladuras. Narices y boca desaparecían bajo el dispositivo antigás que se desprendía de las ocultas barbillas a manera de una rugosa trompa de paquidermo.

Los uniformes de los Territoriales era una tela vegetal del color de la hojarasca podrida y la purriela. Algún insidioso atractivo tendrían estos uniformes para las bestias del campo, pues cuando los Territoriales andaban en campaña o realizaban batidas contra los bandoleros que contradecían el Nuevo Orden, – corderillos, liebres, terneras y cabras les andaban a la zaga, tratando

de mordisquear con sus belfos felpudos y sus anchos dientes lucientes la tela color de hoja seca. Y cuando los Territoriales fingían yacer entre los pastos o los rincones nemorosos como grandes coágulos de purriela, no tardaban en precipitarse sobre ellos minúsculas hordas de hormigas color de minio; regimientos de escarabajos preciosamente caparazonados de acero azul, de llameante cobre, de oro quemado, y zigzagueantes vanguardias de lagartijas. Y moscas multicolores danzaban frenéticamente sobre ellos con su música de pífanos diminutos. Pero toda bestia del campo pagaba con la vida aquel breve contacto con el uniforme de los Territoriales. Que así cumplían con la táctica de la “tierra arrasada”. Y satisfacían los ocultos pruritos del Gran Matador.

En el orden del desfile correspondía el tercer lugar al arma predilecta del Insigne Borborista: los aviadores invisibles, la cristalina policía del cielo, los transparentes ángeles de la administración.

La milenaria ambición del hombre de volar por sí mismo, en contacto directo con las mareas del viento, había sido finalmente alcanzada bajo el régimen providencial del ahora Caudillo de los Difuntos.

Envueltos en una tripa que participaba a la vez de la ligereza de celofán y la fortaleza del supernylon, los hombres volantes eran invisibles en el éter sin dejar de ser videntes. El gran preservativo color de cielo y camuflado de cirros sin que el interno feto destructor perdiese la exacta puntería de sus minúsculas ametralladoras.

En la insuperable crónica del Gran Burundún- Burundá –finalmente hay que pronunciar su nombre, ¡y que los cielos y los siglos lo repitan como eco de un largo eructo!– nada superó a la delicada, a la poética escenografía que imaginara para ensayar y probar la invisibilidad de sus policías celestes.

Con la adjetiva minuciosidad de los estadistas, convocó a los ornitólogos más reputados del país para precisar con ellos la fecha en que pasarían sobre su capital las hordas migratorias de las aves norteñas. Sin sorprenderse de nada, estableció el padrón de las especies; se enteró de la densidad de las bandadas; de la altura y velocidad de su vuelo; de la resistencia de los cuellos y la envergadura de las alas; del peso y calidad de la carne; de la mayor o menor malicia que tuvieran los pájaros pilotos que guían a la alada tribu por los senderos más propicios del viento, por las comarcas más tibias del aire.

Y como sus secretas debilidades y sus muy ocultos pánicos necesitaban aliviarse, de vez en cuando, con la apelación a poderes sobrenaturales, hizo venir también a su palacio a un extraviado arúspice que lo inició en los secretos de la ornitomancia y le indicó las hecatombes más propicias, mientras paseaba sus engarfiados dedos vellosos por entre las entrañas palpitantes de un desventrado ánade.

Chupado el tuétano de las calvas cabezas de ornitólogos y ornitómanos, el Gran Burundún- Burundá dio las ordenes finales para la estupenda revista aérea que, según sus infalibles cálculos, tendría dos consecuencias de incalculable trascendencia política: primera, demostrar la invisibilidad de sus autoaviadores; segunda, suministrar un suplemento succulento al puchero de sus gobernados.

En el día y la hora señalados para el paso de los patos silvestres –especie escogida por razones eminentemente técnicas, secundariamente augurales y finalmente culinarias–, ascendieron, invisibles, sobre la ciudad hasta cinco escuadrones de la policía-nylon. Escalonados, esperaron en el pacífico cielo la llegada–rauda, rauca– de las aves.

¡Cantando las tres ánales, madre!

Y fue al caer de la tarde, cuando en el rescoldo cobrizo de la agonía solar parecía más difícil distinguir el aceitoso brillo marrón de los plumajes y cuando las palmeadas patas amarillas comienzan a surgir del tibio vientre para amornar la velocidad del vuelo y preparar el vibrante contacto con los pantanos ya próximos, fue entonces cuando se cumplió la inexorable previsión del Gran Cinegista.

La horda pura, la horda hasta entonces infalible en su ruta, la horda siempre puntual a la cita con la vida, tropezó con la muerte invisible, se tronchó el cuello contra la roca cristalina de la policía celeste.

De flecha que era, se convirtió en herido blanco; de viento musical, en sor da lluvia; de alada geometría, en gordo pedrizco.

Pasadas ya, sin gracia, se derrumbaron las aves sobre la ciudad de los hombres. Cayeron – ¡flap! – sobre las tejas verdinosas y las grises terrazas; cayeron – ¡flap! – sobre los juguetes olvidados de los niños en los patios; – ¡flap! – sobre

los umbrales como encomiendas postales de la pesadilla; cayeron– ¡flap! – sobre los bancos y sobre las iglesias como gruesos escupitajos; cayeron – ¡flap! – sobre los andenes y en mitad de las calles como desgonzadas víctimas de un vulgar atraco; cayeron – ¡flap! – sobre las ancas de bronce de los caballos que trotan, inmóviles bajo las nalgas de los inmortales y sobre las rodillas de otras estatuas que rumian el orín del tedio.

Acaso, porque no llegaran todavía los tiempos en los que los hombres comprendiesen los altos designios del Sumo Policía, la succulenta lluvia de los ánades, en vez de regocijar el corazón de los ciudadanos, los sumió en incomprensible zozobra.

Ni el hombre que busca sus bolsillos briznas de pan y tabaco para ofrecérselas, entre el negror de las uñas, a sus escuálidas hijas; ni la mujer que se detiene largamente ante la vitrina de las fiambrerías, esperando que la saliva que le endulza la boca se convierta en delgada leche para su mamoncillo; ni el niño que roe un botón asomado al ventanuco de su buhardilla; ni la doncella cuya boca se hace más pequeña cuando piensa en los hollejos de fruta que podrían rescatarse – si no fuese tan orgullosa, o tan tímida– de los cubos de la basura; ni el anciano que se alimenta mirando el cromo de una naturaleza muerta –la misma que su joven esposa colgara en el primer aniversario de su boda ante la mesa de pino que, servida, la reproducía jugosa, viva–; ni el mozo que anhela chupar una espina de pescado para que no muera la tierna e impaciente llama que golpea sus ingles; y ni siquiera los perros sin dueño, ni los gatos sin pelo, ni las cornejas desplumadas, ni los buitres de cuello sarnoso; más aún: ni siquiera los burócratas que se alimentaron siempre con las viandas caídas del cielo de la Administración; más todavía: tampoco los policías que se nutren de carne magullada y ponen a pacer sus ojos en la descomposición de los cadáveres... nadie, nadie quiso recoger aquellas aves de cuello tronchado; nadie pensó que se pudiera comer de aquellos cuerpos reventados; nadie, nadie concibió que el vuelo se detuviese en el puchero.

Mientras en Gran Burundún - Burundá esperaba en su palacio un himno de regüeldos, la ciudad oscuramente solidaria con la horda asesinada, gemía sordamente, balaba lastimeramente, sin atreverse a graznar como acaso lo hicieran los patos silvestres en el momento de su imprevisto accidente de tránsito. Pero el Gran Burundún- Burundá se había corroborado en su máxima previsión: su policía celeste era invisible. Y ciento por ciento eficaz. ¡Ya pasaría la inapetencia de los bobos!

Por la avenida avanzaban los Autoaviadores envueltos en el cendal de sus flácidos uniformes de celofán y supernylon.

Tras ellos, con la andadura furtiva de las bestias que son sanguinarias pero asustadizas, en cerrados pelotones desfilaba la Policía Urbana y Rural del Gran Pesquisante.

Esta no vestía uniforme, no; sino trajes civiles, anónimos trajes civiles de poquitín pasados de moda y casi nunca ajustaos en su medida a los cuerpos que cubrían. Unas veces, demasiado estrechos para ciertos pechos de gorila y ciertas nalgas excesivas y equívocas; otras, demasiado amplios para los hombros caídos y los muslos entecos de los hominicos. De sus ajadas ropas se desprendían – con cierta nauseabunda regularidad – vaharadas de moho y gasolina, de sudor y de semen, de caries y frías flatulencias, de papel sellado y rebosada miga de pan. Superpuestos hedores que acababan por fundirse en un relente abominablemente dulzón de cadaverina.

Tampoco usaban cascos guerreros, sino gorras, bombines y los deshormados sombreros blandos de la pequeña burguesía. Y como no se cubrían el rostro con máscaras antigás, ni usaban barboquejo, ni visera, ni anteojos, ofrecían toda la faz desnuda. Que era arma eficaz en manos del Gran Terrorista.

Pues los ojos – que eran coágulos de pus, o reventones de sangre, o lívidas ostras verdinosas –, tenían esos rápidos guiños solapados que petrifican la dulce entrada de las mujeres y hacen nacer el yerto vendaval del miedo en los testículos de los hombres más cabales. Pues los cenicientos labios sin bisel sabían alargarse, cerrados, en la sonreída mueca que desata inesperadamente el llanto de los niños; o, si eran protuberantes y amoratados, fruncirse con la gula del impotente que espanta aun a las más viejas ramerás. Pues en las mejillas y en las mandíbulas y hasta en las mismas orejas, tenían de repente subcutáneas contracciones que eran como la deglución de todas las codicias, como el baboso saboreo de todas las concupiscencias; peor aún y más temible: como el azoro que divide al criminal entre su crueldad y cobardía. Pues los rostros todos tenían esa serosidad sudorosa de quienes acechaban tras el ojo de las cerraduras; de quienes buscan en la cosquilla erótica el camino de la fatal confianza; de quienes pasan la lengua cirrosa por el engomado de los anónimos; de quienes brindan a la salud del amigo condenado de antemano; de quienes reciben todavía caliente el pan que amasara la madre anciana, cuando han ido a su casa para arrestar al hijo que se oculta en el granero.

Pasaban por la grana avenida soslayadamente, palpando con una secreta y feroz angustia el revólver que llevaban bajo la axila, la manopla hundida en los bolsillos del saco, el vergajo que les envaraba los pantalones, la matraca que les golpeaba el trasero, el puñal que les colgaba sobre el ombligo como una yerta cruz, Aterrados bajo su arsenal, aterido el corazón bajo la placa que los identificaba, pero embriagados en la contradictoria conciencia de su irremediable ignominia y de su omnipotente autoridad.

Tras ellos venia, rebosantes de bendiciones como un árbol en el despertar de sus aves, las Venerables Jerarquías de las Iglesias Unidas.

Un patio de cien metros de largo y treinta de ancho, sostenido en astas de plata por acólitos, bonzos, sacristanes, almuédanos, legos y verdes vejetes acuciosos, amparaba de la terca llovizna al Magno Capítulo.

Desde el envés del palio y primorosamente bordado por Santa Mujeres Unificadas, el largo, enjuto y martirizado cuerpo de un hombre ondeaba al paso procesional, balando mudamente por la entreabierta jeta de su cabeza de cordero.

Dándose de codazos y en pugna de pisotones, se apiñaban bajo el palio de Sacerdotes Unificados. Si miraban hacia la movediza perspectiva de Policías, Autoaviadores, Territoriales y Zapadores, les cundían en los dedos las bendiciones. Si, de reojo, atisbaban a sus colegas, trepidaban de ira sus grandes vientres – si gordos– o se veía el trasegar de la bilis en sus cuellos gallináceos – si flacos–. Y si tornaban la cabeza hacia el carruaje fúnebre, se les volteaban y entelaban los ojos en el éxtasis de la consentida autoridad.

Nada exterior los distinguía entre sí. No disputaba ya las púrpuras romanas con el luto de los reformistas; ni competían en lujo patriarcas y lamas; coptos y ulemas habían cesado de discutir si serían negros o verdes los turbantes; ni temía ya el archimandrita mancillar los vuelos de su hopalanda si pasaba al lado del pandanus estercolario; ni puja de fleca desnudez establecían shamanes y derviches para garantizar la clarividencia de sus trances; ni se enorgullecían ya los mormones de que en sus albas barbas buscasen las avispas cálido nido, mientras que en las de los rabíes solo se aposentaban los piojos. Ni ponían pleito las mitras a las tiaras; ni la estola a las filacterias; ni las mulas a los pies franciscanos; ni el rosario de cuezcocos al de jade; ni peleaban el cilicio de nudos con el de espinos; ni había pugna entre la copa chata y la que ama al lirio; ni tenían víctima distinta la cruz recta, la gamada y la de ocho brazos. No había

ya querella de vedas, tesmóforos y mayas en torno al almanaque. El estolista y el inquisidor habían hecho tregua en la disputa de las víctimas. La codorniz del azteca, el cordero primogénito del judío, el babilano buey babilónico, el gallo negro de los romanos, el ocelado leopardo de los bantús y, desde luego, el Cristo... vertían ahora su sangre expiatoria sobre la misma, única, ara.

El Gran Burundún- Burundá los había unificado. Y ya nada los distinguía entre sí.

Los había unificado en torno a dos cosas muy simples; un rodillo de oraciones y una escudilla petitoria.

¡Cómo no loar al Gran Cismático, descubridor a través de tantos siglos de desollamiento, de empalamiento; a través de tales husmos de carne hereje; a pesar de tantos aullidos de enrodado, de escaldado, de escarpado, que las múltiples Iglesias podrían unificarse con solo darles el conjunto de la escudilla y el rodillo!

A diferencia pues de la Policía y a semejanza de las Fuerzas Armadas, que antes se detallaron, los Sacerdotes de las Iglesias Unidas vestían un uniforme. Largas y holgadas túnicas color de azafrán, sobre las cuales era fácil discernir la sombra o la mancha de cualquier veleidad política; pero tan inocentes y generosas en sus pliegues, que todo perseguido se sintiera tentado a buscar en ellas el refugio último de la confesión ante Dios, ante lo que creyera ser su Dios sobre la tierra: ¡candidez y vanidad del pobre!

Y de su confesión resultaban, luego, las huellas espirituales en su prontuario policiaco.

Reducidos, finalmente, a un común denominador, desfilaban como simples buhoneros de la plegaria, como taimados mendicantes los que antes fueran Grandes Extorsionadores de la Vida Terrenal, Grandes Empresarios del Infierno, Grandes Intercesores del Purgatorio, Grandes Parceladores del Paraíso Ultraterreno. Y hasta Grandes Parteros del Limbo.

¿Qué maestro de ceremonias marcó las distancias?

Entre Zapadores y Territoriales, entre Autoaviadores y Policías, entre estos y las Jerarquías Eclesiásticas, la separación había sido rigurosa: doscientos metros entre cada sorda masa.

Pero he aquí que entre el palio de las Iglesias Unidas y la carroza funeraria, se abría el inesperado, horrendo y a la vez cómico margen de un kilómetro de soledad.

A la mitad del cual, venía el caballo de batalla del Gran Burundún- Burundá.

¡Vivo!

¡Bello!

¡Todo él, negro!

¡Todo él, luciente!

¡Todo él, luciente, sin estrella en la frente!

¡Sin sudor en el pecho!

¡Con pronunciadas venas en el cuello y en las ingles!

¡Un caballo!

Un caballo que recordaba su desconcertada misericordia cuando blandamente se levantaba y caía sobre sus lomos, a través de gualdrapas heráldicas, el arrugado y lacio peso del hombre a horcajadas. Un caballo que se sorprendía de los sordos rezongos que el azote de las ramas en su rostro arrancaba a quien se alzaba sobre su alzada. Un caballo al que la mano de quien se creía su dueño –si se paseaba morosamente sobre sus duras partes– causaba fastidio. Un caballo que desdeñara ser Cónsul.

Su distanciamiento en el cortejo era, sin duda, determinación suya. ¡Qué manera de morder y de cocear tuviera si alguno de los palafreneros de la Administración pretendiese acortar las distancias!

¡Danzaba sobre la avenida!

Como finos crótalos, sus breves cascos empavonados repiqueteaban sobre el pavimento; donosamente doblaba las rodillas para mejor trenzar los pasos; su

enarcado cuello marcaba el mudo compás de la danza, dibujado también en el aire por el vuelo de las clines y el lujoso vaivén de la peinada cola. Meneaba apenas el anca, pero todo su gran cuerpo luciente danzaba.

¡Y se reía!

Levantaba la fina testa angular; le temblaba el afelpado acanto de las orejas; se le dilataban las narices de azul betún; se levantaban y bajaban sobre sus grandes dientes amarillos los suavísimos belfos y, en la lentísima progresión geométrica, sus divorciadas mandíbulas convertían el más agudo de los ángulos en un ángulo recto. La rosada bisectriz de la lengua, palpataba en su muda alegría.

¡Risa!

¡Qué risa!

En el túnel de niebla y de llovizna urdido sobre cortejo, esa risa era un berbiquí. Lo horadaba todo. Y por los agujerillos que abría, era posible entrever aún un mundo en el que las orugas no temiesen a los Zapadores; en el que las liebres no tomasen a los Territoriales por rábanos; en el que los pájaros no tronchasen sus cuellos contra nubes de nylon; en el que las mujeres no pariesen Policías; en el que los hombres no pasasen por el rodillo para caer en la escudilla.

Tanta risa tenía el caballo de batalla del Gran Burundún- Burundá, que le bajaba de la cabeza altanera al pecho enjuto y de allí se propalaba a las finísimas manos obligándolo, si, obligándolo en la embriaguez de la alegría, a dimitir de su propia dignidad y belleza para competir con los corceles circenses. Pues cayó en la flor de hacer de sus manos batutas que quisieran dar otro ritmo al desfile. Su propio ritmo.

¡No le cabía al animal tanta risa en el cuerpo!

Hasta tuvo la humildad – ¿o la insolencia? – de fingirse tambor mayor femenino de la banda de un colegio de Arkansas; se puso, entonces, vertical sobre las patas traseras, exhibió su casto vientre, puso de relieve sus lustrosas vergüenzas y comenzó a manear en el aire como si jugase en él con la verga – ¡oh blasfemia! – del Gran Fariseo.

Nuevamente piafaba sobre el pavimento y, a pesar de la distancia, de la niebla y de la llovizna, era posible adivinar que se reía pensando en que, finalmente, tras de sus ancas, venía muerto el partero de tantos cadáveres. Y que, de ahora en adelante, acaso fuese posible hundir la jeta golosa en esas pasturanzas en las que hay que pelear con suaves testarazos la flor del trébol al celoso aguijón de la avispa.

A quinientos metros de las ancas del alegre caballo, venía el carruaje fúnebre. Bajo las mortuorias cimeras y los plañideros penachos, entre columnas salomónicas, ingeniosas alegorías e historiados cristales, yerto yacía en su ataúd de plomo el autor de tanta grandeza, el inventor de tan asombrosos artificios. ¿Será menester detallar aquí las desusadas y desmesuradas empresas del Gran Burundún- Burundá?

Que vengan sus guardias de asalto, sus tropas de choque, los jefes de su policía, las cuadrillas seleccionadas de sus caciques, su mercenario Estado Mayor. Que vengan sus amarillos sacerdotes, sus amoratados verdugos, sus verdes delatores, sus negros matones, sus rojos escribanos, sus azules exactores, sus blancos sepultureros... y embocinen todos ellos sus trompas hacia el cielo.

Y cuando su trompetería haya creado el universal, expectante silencio, que se congreguen en torno al féretro los millones de sus vasallos y, sopesando bajo las vestiduras sus calabacines de castrados, en bestial coro aúllen, rujan, chiflen, jadeen, ladren, graznen, ronquen, balen, cacareen, relinchen, tosan, berreen, roznen, bufen, croen, zumben, eructen, rebuznen, muja, verraqueen, chillen, himplen, piten, gruñan, venteen, trinen, mayen, cloqueen, píen, gargaricen, crotoren, gañan, silben, voznen, gangueen, resuellen, pujen, gorjeen, parpen, bramen y ululen... en póstumo homenaje y detallada necrología del Gran Charlatán que comenzaba a hacer la felicidad de los pueblos con la abolición de la palabra articulada.